

muerto antes que su hijo, fué colocado bajo una piedra a los pies de sus padres. En la piedra se ven grabadas estas palabras, sacadas de la Escritura: «¿Por qué buscáis entre los muertos al que está vivo en el cielo?» Yo no entré en el bosque, porque sólo la señora Recamier obtuvo permiso de entrar en él. Sentado en un banco delante del muro que lo circunda, volvía yo la espalda a Francia, y tenía los ojos fijos, ya en la cumbre del Mont-Blanc, ya en el lago de Ginebra: las nubes de oro cubrían el horizonte detrás de la línea sombría del Jura: semejava aquello una gloria que se eleva detrás de un largo féretro. Al otro lado del lago divisaba la casa de lord Byron, cuya cima aparecía herida por un rayo del sol poniente: Rousseau no estaba allí para admirar aquel espectáculo, y Voltaire, que también había desaparecido, jamás hizo caso de él. Allí, al pie de la tumba de madama de Staël, se me representaban tantos ilustres ausentes sobre la misma ribera, que parecían ir a buscar la sombra igual a la suya, para volver al cielo con ella y servirle de acompañamiento durante la noche. En aquel momento salió del bosquecillo fúnebre la señora Recamier, pálida y llorosa, como otra sombra. Si alguna vez he sentido a un mismo tiempo la vanidad y la verdad de la gloria y de la vida, ha sido a la entrada del bosque silencioso, obscuro e ignorado, donde duerme la que tuvo tanto brillo y renombre, y al ver lo que es el ser verdaderamente amado.

Al día siguiente, cansado de las orillas del lago, fui a buscar, acompañado siempre de la señora Recamier, paseos menos frecuentados. Caminando por la orilla del Ródano descubrimos una garganta estrecha, por donde corre el río hirviendo por bajo de varios molinos entre dos promontorios de roca cortados por praderas. Una de ellas se extiende al pie de una colina, sobre la que, junto a un grupo de árboles, hay construída una casa.

Hemos subido y bajado muchas veces hablando aquella estrecha faja de césped que separa el ruidoso río del soto silencioso; ¿cuántas personas hay a quienes podemos aburrir con lo que uno ha sido, y llevar detrás consigo en pos de sus días?

La señora Recamier va a dejarnos, pero volverá para la primavera; y yo voy a pasar el invierno evocando mis horas

desvanecidas y haciéndolas comparecer una a una ante el tribunal de mi razón. No sé si seré muy imparcial, o si el juez tendrá excesiva indulgencia con el culpable. Pasaré el verano próximo en la patria de Juan Jacobo. ¡Quiera Dios que no se apodere de mí la enfermedad del retraído! Luego, cuando el otoño haya vuelto, iremos a Italia: ¡*Italiam!* Este es mi eterno estribillo.

CARTA AL PRÍNCIPE LUIS NAPOLEÓN. — CARTAS AL MINISTRO DE JUSTICIA, AL PRESIDENTE DEL CONSEJO Y A LA SEÑORA DUQUESA DE BERRY.—ESCRIBO MI MEMORIA SOBRE EL CAUTIVERIO DE LA PRINCESA. — CIRCULAR A LOS DIRECTORES DE LOS PERIÓDICOS.—EXTRACTO DE LA «MEMORIA DE LA DUQUESA DE BERRY».

Ginebra, octubre de 1832.

Habiéndome dado el príncipe Luis Napoleón su folleto titulado *Meditaciones políticas*, le escribí esta carta:

«Príncipe: He leído detenidamente el folleto que habéis tenido la bondad de entregarme. He puesto por escrito, como habéis deseado, algunas reflexiones nacidas naturalmente de las vuestras, y que yo había sometido a vuestro juicio. Ya sabéis, príncipe, que mi joven rey está en Escocia; que en tanto que él viva no puede haber para mí otro rey de Francia que él; pero si Dios, en sus impenetrables designios, hubiera desechado la raza de San Luis; si las costumbres de nuestra patria no le hicieran posible el estado republicano, no hay nombre que mejor convenga a la gloria de Francia que el vuestro.

»Soy, etc.

»CHATEAUBRIAND.»

París, calle del Infierno, enero de 1833.

Había meditado mucho sobre ese porvenir próximo que yo me había formado, y al que me parecía ya tocar. A la caída del día iba a vagar en las sinuosidades del Arve, por el lado de Saleve. Una tarde vi entrar al señor Berryer, que volvía de Lausana, y me comunicó la prisión de la duquesa de Berry: ignoraba los pormenores. Nuevamente quedaron frustrados mis proyectos de reposo. Cuando la madre de Enrique V creyó en triunfos, me dió mi licencia: su desgracia desgarraba su último billete, y me

«París, 23 de noviembre de 1832.

llamaba a su defensa. Marché inmediatamente de Ginebra, después de escribir a los ministros. Cuando llegué a mi calle del Infierno, dirigí a los directores de los periódicos la siguiente circular:

«Caballero: Habiendo llegado a París el 17, escribí el 18 al señor ministro de Justicia para informarme de si había llegado a sus manos la carta que tuve el honor de enviarle desde Ginebra el 12 para la señora duquesa de Berry, y si había tenido la bondad de transmitirla a Madama.

»Al propio tiempo solicitaba del señor guardasellos la autorización necesaria para ir a Blaye cerca de la princesa.

»El señor guardasellos se dignó contestarme el 19 que había transmitido mis cartas al presidente del Consejo, y que a éste era a quien debía dirigirme. Escribí, por lo tanto, al señor ministro de la Guerra el 20, y recibo hoy 22 su respuesta del 21: siente verse en la precisión de anunciarme que el gobierno había creído que no había lugar a acceder a mis demandas. Esta decisión puso término a mis gestiones cerca de las autoridades.

»Nunca he tenido la pretensión, caballero, de creerme capaz de defender por mí solo la causa de la desgracia y de Francia. Mi designio, si me hubieran permitido irme a poner a los pies de la augusta prisionera, era el de proponerle para el caso la formación de un consejo de hombres más ilustrados que yo. Además de las personas dignas y distinguidas que se han presentado ya, me hubiera tomado la libertad de proponer a la elección de Madama el marqués de Pastoret, al señor Lainé, al señor de Villele, etc.

»Apartado ahora oficialmente, vuelvo, caballero, a mi derecho privado. Mis *Memorias sobre la vida y la muerte del duque de Berry* envueltas en los cabellos de la viuda, hoy cautiva, descansan al lado del corazón que Louvel hizo más semejante al de Enrique IV. No he olvidado ese insigne honor, del cual el momento actual me pide cuenta, haciéndome sentir toda su responsabilidad.

»Soy, caballero, etc.

»CHATEAUBRIAND.»

Mientras escribía yo esta circular a los periódicos, había encontrado medio de hacer llegar este billete a manos de la duquesa de Berry:

»Señora: He tenido la honra de dirigiros desde Ginebra una primera carta fechada el 12 de este mes. Esta carta, en la que os suplicaba me hicieseis el honor de nombrarme uno de vuestros defensores, ha aparecido impresa en los periódicos.

»La causa de V. A. R. puede ser discutida individualmente por todos aquellos que, aunque no estén autorizados para ello, tengan verdades útiles que dar a conocer; pero si Madama desea que se ocupen de ella en su propio nombre, no es un hombre solo, sino un consejo de hombres políticos y de legisladores, el que debe encargarse de tan elevado asunto. En ese caso pediría que Madama tuviera a bien asociarme con las personas que haya elegido al conde de Pastoret, al señor Hyde de Neuville, al señor de Villele, al señor Lainé, al señor Royer-Collard, al señor Pardessus, al señor Mandaroux-Vertamy y al señor Vaufréland.

»También había creído, señora, que podría llamarse a este consejo a algunos hombres de gran talento y de opiniones contrarias a las nuestras; pero tal vez sería colocarlos en una posición falsa el obligarles a hacer un sacrificio de honor y de principios a que no se acomodan los talentos elevados y las conciencias rectas.

»CHATEAUBRIAND.»

Soldado antiguo y disciplinado, acudiré a alistarme a las filas, y a marchar a las órdenes de mis capitanes: reducido por la voluntad del poder a un duelo, lo acepté. No esperaba venir desde la tumba del marido a combatir al lado de la prisión de la viuda.

Aun suponiendo que yo me hubiera de quedar solo: que hubiese comprendido mal lo que conviene a Francia, no por eso me hubiera hallado menos en el camino del honor. Ahora bien; no es inútil a los hombres que otro se inmole a su conciencia; bueno es que alguien consienta en perderse por permanecer firme en principios de que está convencido, y que participan de todo cuanto hay de noble en nuestra naturaleza: esos engañados son los opositores necesarios del hecho brutal, las víctimas encargadas de la fuerza. Se aplaude a los polacos; ¿qué es su fidelidad sino un sacrificio?

Nada ha salvado, ni podía salvar nada: hasta en las ideas mismas de mis adversarios, ¿será la fidelidad estéril para la razón humana?

París, calle del Infierno.

En Francia, país de vanidad, en el momento que se presenta una ocasión de hacer ruido, se apodera de ella una porción de gente: unos proceden por efecto de su buen corazón, otros por la conciencia que tienen de su mérito. Tuve, pues, muchos concurrentes que solicitaron, igual que yo, de la duquesa de Berry el honor de defenderla. Al menos mi presunción a ofrecerme como campeón a la princesa se justificaba por antiguos servicios: si yo no arrojaba en la balanza la espada de Breno, arrojaba mi nombre, que, a pesar de su poca importancia, había alcanzado ya algunas victorias a la monarquía. Empecé mi *Memoria sobre el cautiverio de la duquesa de Berry* con una consideración que me produjo una fuerte impresión: la he reproducido muchas veces, y es probable que la reproduzca todavía.

«No cesa uno de admirarse—decía yo—de los sucesos: siempre nos figuramos tocar el último, y siempre vuelve a comenzar la revolución. Los que hace cuarenta años caminan para llegar al término, se lamentan: esperaban sentarse algunas horas al borde de su tumba. ¡Vana esperanza! El tiempo hiere a esos viajeros jadeantes y les obliga a avanzar. ¡Cuántas veces, desde que están caminando, cayó a sus pies la antigua monarquía! Apenas libres de esos derrumbamientos sucesivos, se ven obligados a atravesar nuevamente los escombros y el polvo. ¿Qué siglo verá el fin del movimiento?»

»La Providencia ha querido que las generaciones de paso, destinadas a días inmemorables, fueran pequeñas, a fin de que el daño sea pequeño. Así vemos que todo aborta, que todo se desmiente; que nadie se parece a sí mismo ni abraza todo su destino; que ningún acontecimiento produce lo que contenía y lo que debía producir. Los hombres superiores de la edad que concluye se extinguen. ¿Tendrán sucesores? Las ruinas de Palmira terminan en arenas.»

Pasando de esta observación general a los hechos particulares, expongo en mi argumentación que se podía proceder con la duquesa de Berry por medidas arbi-

trarias, considerándola como prisionera de policía, de guerra o de Estado, que podía someterse a la última competencia de las leyes, y aplicarle la ley excepcional Briquerville o la común del código; que podría considerarse su persona como sagrada e inviolable.

Los ministros sostenían la primera opinión, los hombres de julio la segunda, los realistas la tercera.

Analizo esas diversas suposiciones, y demuestro que si la duquesa de Berry había penetrado en el territorio francés, no había sido atraída sino porque oía a las opiniones pedir otro presente, llamar otro porvenir.

La revolución de julio, nacida de las jornadas de julio, e infiel a su extracción popular, ha repudiado la gloria y ha hecho la corte al oprobio. La libertad, a excepción de algunos corazones dignos de prestarle asilo, convertida en objeto de irrisión de los mismos que hacían de ella su grito de unión; esa libertad, que unos cuantos titiriteros se envían a patadas unos a otros; esa libertad, estrangulada después de marcada con el torniquete de las leyes excepcionales, transformará en su aniquilamiento la revolución de 1830 en un cínico engaño.

En este estado, y para libertarnos a todos, llegó la duquesa de Berry. La fortuna le ha hecho traición: un judío la vendió, y un ministro la compró. Si no se quiere proceder contra ella por medidas de policía, no queda otro recurso que llevarla a los Tribunales. Lo spongo así, y presento en escena al defensor de la princesa: otro recurso que, después de haber hecho hablar a éste, dirijo al acusador.

«Abogado, levántese:

»Establezca debidamente que Carolina Fernanda de Sicilia, viuda de Berry, sobrina de la difunta María Antonieta de Austria, viuda de Capeto, es culpable de reclamación cerca de un hombre reputado por tío y tutor de un huérfano llamado Enrique, cuyo tío y tutor sería, según la afirmación calumniosa de la acusada, detentador de la corona de un pupilo que pretende impudicamente haber sido rey desde el día de la abdicación del que fué Carlos X, y del ex Delfín hasta el día de la proclamación del rey de los franceses.

»En apoyo de vuestro alegato, que los jueces hagan comparecer primero a Luis Felipe, como testigo de cargo o de des-

cargo, si es que no prefiere recusarse como pariente. En seguida que los jueces careen con la acusada al descendiente del gran traidor, que el Iscariote en quien entró Satanás, *intravit Satanas in Judam*, confiese cuántos dineros recibió por la venta, etc.

»Luego, después del examen pericial de los sitios, se demostrará que la acusada estuvo seis horas en la boca de fuego, en un espacio demasiado estrecho, en donde apenas podían respirar cuatro personas, lo que hizo decir afrentosamente a la torturada que se le hacía la guerra a lo San Lorenzo. Ahora bien, empujada Carolina Fernanda por sus cómplices contra la losa ardiente, por dos veces se incendiaron sus vestidos, y a cada golpe que los gendarmes daban por fuera al hogar abrasado, se extendía la conmoción al corazón de la delincuente, haciéndole arrojar vómitos de sangre.

»Después, en presencia de la imagen de Jesucristo, se depositará como prueba de convicción sobre la mesa el vestido quemado, porque es indispensable que haya siempre una vestidura jugada a la suerte en estas ventas de Judas.»

La duquesa de Berry fué puesta en libertad por un acto arbitrario del poder, y cuando creyeron haberla deshonrado. El cuadro que yo trazaba del proceso hizo conocer a Felipe lo odioso que era un juicio público, y le determinó a una gracia a la que pensaba haber asociado un suplicio. Los paganos, durante el reinado de Severo, arrojaron a las fieras una joven cristiana nuevamente libertada. Mi folleto, del que sólo quedan hoy algunas frases, tuvo su resultado histórico importante.

Aun me conmuevo al copiar el apóstrofe que termina mi escrito: confieso que esto es un gasto loco de lágrimas.

«Ilustre cautiva de Blaye, ¡Señora!; que vuestra heroica presencia en una tierra que sabe apreciar el heroísmo, induzca a Francia a repetiros lo que mi independencia política me ha dado derecho a decir: ¡Señora, vuestro hijo es mi rey! Si la Providencia me concede algunas horas, ¿veré vuestros triunfos después de haber tenido el honor de abrazar vuestras adversidades? ¿Recibiré yo ese premio de mi fe? En el momento en que volvierais dichosa, iría yo con placer a terminar en el retiro mis días principados en el destierro. ¡Ay! ¡me desconuela

no poder nada por vuestros presentes destinos! Mis palabras se pierden en vano alrededor de las murallas de vuestra prisión: el ruido de los vientos, de las olas y de los hombres al pie de la fortaleza solitaria, no dejan llegar hasta vos estos últimos acentos de una voz fiel.»

París, marzo de 1833.

Habiendo repetido algunos periódicos la frase: *Señora, vuestro hijo es mi rey*, se les ha perseguido por delito de imprenta, y yo me he visto envuelto en la persecución. Esta vez no he podido declinar la competencia de los jueces, porque yo debía intentar salvar con mi presencia a los hombres acriminados por mi causa, y se hallaba empeñado mi honor en responder de mis obras.

Además, la víspera de mi citación ante el Tribunal, *El Monitor* había insertado la declaración de la señora duquesa de Berry, y si yo me hubiera ausentado, se habría creído que el partido realista retrocedía, que abandonaba al infortunio, avergonzándose de la princesa cuyo heroísmo había celebrado.

Mi comparecencia ante los jueces ha producido un efecto feliz; ha contrabalanceado por un momento el efecto de la declaración del *Monitor*, manteniendo a la madre de Enrique V en el rango en que la había colocado su valerosa aventura: se ha dudado cuando se ha visto que el partido realista se atrevía a arrostrar el acontecimiento, y no se daba por derrotado.

Yo no había querido abogado; mas el señor Ledru, que se había unido a mí cuando mi detención, ha querido hablar; pero se turbó, causándome mucha pena. El señor Berryer, que defendía a la *Quotidienne*, tomó entonces, aunque indirectamente, mi defensa.

Nada notable ha ocurrido en este procedimiento seguido en la terrible cámara donde resonó la voz de Fouquier-Tinville y de Dantón; no ha habido de divertido más que el argumento del señor Persil: intentando demostrar mi culpabilidad, citaba esta frase de mi folleto: *Es difícil destrozar lo que se aplasta bajo los pies*: «Conoced, señores — exclamaba —, todo lo que hay de despreciativo en este párrafo: *Es difícil destrozar lo que se aplasta bajo los pies*»: y hacía el movimiento de un hombre que intenta romper con sus pies alguna cosa. Y volvía a repetirlo triunfante, y continuaban las ri-

sas del público, sin que este buen hombre advirtiera ni el contento del auditorio cada vez que pronunciaba de nuevo la desdichada frase, ni el completo ridículo en que se ponía pateando con su toga negra, como si estuviera bailando, mientras que su rostro estaba pálido de inspiración y sus ojos extraviados de elocuencia.

Cuando los jurados volvieron del lugar de sus deliberaciones y pronunciaron *no es culpable*, hubo grandes aplausos y fui rodeado por los jóvenes que se habían puesto trajes de abogado para entrar. El señor Carrel se hallaba también entre ellos.

La multitud se agolpó a mi salida, y en el patio del palacio hubo una riña entre mi escolta y los agentes municipales. Con no poco trabajo conseguí llegar a mi casa, en medio de la muchedumbre, que acompañaba mi fiacre gritando: ¡Viva Chateaubriand!

He ido a dejar una tarjeta en casa de los jurados, y particularmente en casa del señor Chevet, uno de los miembros de la *pairie universal*.

Fué más fácil al honrado ciudadano hallar en su conciencia una sentencia a mi favor, que me hubiera sido a mí hallar en mi bolsillo el dinero necesario para añadir a la felicidad de la absolución el placer de hacer en casa de mi juez una buena comida. El señor Chevet ha sentenciado con más equidad sobre la *legitimidad*, la *usurpación* y el autor de *El Genio del cristianismo*, que muchos publicistas y censores.

París, abril de 1833.

La Memoria sobre el cautiverio de la duquesa de Berry me valió una inmensa popularidad en el partido realista. De todas partes me enviaron diputaciones y cartas de felicitación. Del Norte y del Mediodía de Francia recibí adhesiones cubiertas de muchas firmas. En todas ellas se pedía, refiriéndose a mi folleto, que se pusiera en libertad a la duquesa de Berry. Mil quinientos jóvenes de París fueron a cumplimentarme, no sin gran conmoción de la policía; también recibí una copa de plata sobredorada con esta inscripción: *A Chateaubriand, los fieles villanoveses*. (Lot y Garona). Una ciudad del Mediodía me ha enviado muy buen vino para llenar esta copa, pero yo no bebo. En fin, la Francia de la legitimidad ha tomado por divisa es-

tas palabras: *Señora, vuestro hijo es mi rey*, y muchos periódicos la han adoptado por epígrafe, y se ha grabado también sobre collares y sortijas. Yo soy el primero que dijo a la faz de la usurpación una verdad que ninguno se atrevía a decir; y, ¡cosa extraña!, yo creo menos que nadie en la vuelta de Enrique V.

Por otra parte, yo no entiendo la palabra *usurpación* en el estrecho sentido que le da el partido realista; habría mucho que decir sobre esta palabra como sobre la de *legitimidad*; pero hay verdadera usurpación, y de la peor especie, en el tutor que despoja al pupilo y proscribire al huérfano. Todas las sonoras frases de *es necesario salvar a la patria*, son pretextos que una política inmoral suministra a la ambición. En verdad, no hay que considerar la cobardía de vuestra usurpación como un esfuerzo de virtud. ¿Sois, acaso, un nuevo Bruto sacrificando a sus hijos a la grandeza de Roma?

He podido comparar en mi vida la fama literaria y la popularidad: la primera me agradó durante algunas horas; pero este amor a la fama ha pasado pronto. En cuanto a la popularidad, me ha encontrado indiferente, porque en la Revolución he visto muchos hombres rodeados de estas masas, que, después de haberlos levantado sobre sus hombros los han echado a rodar por tierra. Demócrata por naturaleza, aristócrata por costumbre, yo abandonaría voluntariamente mi fortuna y mi vida al pueblo con tal de tener poco contacto con la multitud. No obstante, fui en extremo sensible al movimiento de los jóvenes de julio que me llevaron en triunfo a la Cámara de los Pares, y esto no porque me llevaran como su jefe, ni porque yo pensara como ellos, sino únicamente porque hacían justicia a un enemigo y reconocían en mí a un hombre de libertad y de honor: esta generosidad me conmovió. Pero esta otra popularidad que acabo de adquirir en mi propio partido no me causa emoción: entre los realistas y yo hay ciertos motivos de frialdad: queremos, es cierto, el mismo rey; pero en todo lo demás nuestros deseos y nuestras miras son opuestas.

ENFERMERÍA DE MARÍA TERESA. — CARTA DE LA SEÑORA DUQUEÑA DE BERRY DESDE LA CIUDADELA DE BLAYE.

París, calle del Infierno,
9 de mayo de 1833.

He referido los últimos hechos hasta hoy; ¿podré, al fin, proseguir mi trabajo? Este trabajo consiste en coordinar y acabar las diversas partes de estas *Memorias*, todavía incompletas. Me costará alguna dificultad el emprenderlo de repente, porque las cosas del momento me ocupaban demasiado la cabeza: no me encuentro en disposición de sacar a mi pasado de la calma en que duerme, por agitado que fuera cuando se hallaba en estado de vida. He tomado la pluma para escribir, ignoro sobre qué y a propósito de qué.

Al recorrer con la vista el diario en que hace seis meses me doy cuenta de lo que me sucede, veo que la mayor parte de sus páginas están escritas en la calle del Infierno.

El pabellón donde habito, cerca de la barrera, podía valer unos sesenta mil francos; pero en la época del mayor precio de los terrenos yo lo compré mucho más caro, y no lo he podido pagar nunca. Se trataba de salvar la Enfermería de María Teresa, que está contigua al pabellón, y fué fundada por los cuidados de la señora de Chateaubriand; una compañía de especuladores se proponía establecer un café y montañas rusas en dicho pabellón, cuyo ruido no habría convenido a los agonizantes del hospital.

¿No he sido feliz por mis sacrificios? Indudablemente siempre hay felicidad en socorrer a los desgraciados, y yo partiría gustoso con los necesitados todo lo que poseo; pero no sé si esta disposición benéfica llega en mí hasta la virtud. Soy bueno, a la manera que un sentenciado a muerte, que reparte y prodiga lo que no le servirá ya una hora más tarde. En Londres, el paciente a quien se va a ahogar vende su piel para beber: yo no vendo la mía; la doy gratis a los enterradores.

Una vez comprada mi casa, lo mejor que pude hacer era habitarla, y la arreglé tal como hoy se encuentra. Desde las ventanas del salón se distinguen, en primer término, un campo de césped y un espeso bosque. Más allá de este panorama hay otro terreno, separado del campo por una tapia blanqueada, donde

se cultivan forrajes para el alimento de las caballerías de la enfermería. Tras de este campo hay otro, dividido también por una tapia, y en él un bosquecillo, un prado y una calle de álamos blancos. Este sitio es en extremo solitario, y lejos de sonreírme como el rincón de Horacio, *angulus ridet*, me hizo llorar algunas veces. Los árboles son de mil clases diversas.

Estos árboles no han sido escogidos por mí; como en Vallée-aux-Loups, en memoria de los lugares que he recorrido. Quien se complace en sus recuerdos, conserva esperanzas. Pero cuando no se tiene ni un hijo, ni juventud, ni patria, ¿qué gusto se puede tener por los árboles, cuyas hojas, cuyas flores y cuyos frutos no son ya las cifras misteriosas que se emplean en contar las épocas de ilusión? Inútilmente se me dice: «Se rejuvenece»: ¿Se cree, acaso, hacerme tomar por mis muelas de leche mi muela del juicio? Pero ni aun ésta me ha salido sino para comer un pan amargo, bajo el reinado del 7 de agosto. Además, mis árboles no se cuidan ni sirven de calendario a mis placeres, o de partida mortuoria a mis años, y crecen diariamente a medida que yo decaigo. Oigo balar a las cabras que amamantan a los niños expósitos. ¡Ah! Si yo hubiera estado como ellos en los brazos de San Vicente de Paúl, hijo de una debilidad, obscuro y desconocido como ellos, sería hoy algún obrero sin nombre, sin tener nada que arreglar con la humanidad, y sin saber por qué ni cómo había venido a la vida, ni cómo ni por qué habría de salir de ella.

El derribo de una pared me ha puesto en comunicación con la Enfermería de María Teresa, y me encuentro, a la vez, en un monasterio, en una granja, en un verjel y en un parque. Por la mañana me despierto al toque del Ave María; desde mi cama oigo el canto de los sacerdotes en la capilla, y desde mi ventana distingo un calvario que se eleva entre un nogal y un cerezo; las vacas, los pollos, los palomos y las abejas andan por entre las lilas, los jazmines y las demás flores del jardín. Algunos de mis curas octogenarios estuvieron conmigo en el destierro: después de haber reunido mi miseria a la suya sobre la hierba de Kensington, he ofrecido a sus últimos pasos los céspedes de mi hospicio, y arrastran por ellos su ancianidad religiosa, como los pliegos del velo del santuario.

Tengo por compañero a un hermoso gato gris, rojizo, de rayas transversales, que nació en el Vaticano en la habitación de Rafael. León XII le crió entre los pliegues de su manto, donde yo le había visto, cuando me daba audiencia en calidad de embajador. Por la muerte del sucesor de San Pedro, heredé el gato sin dueño, como ya dije, al hablar de mi embajada en Roma. Se llama *Miceto*, y, por sobrenombre, el *gato del papa*. Como tal, gozaba de una gran consideración con las almas piadosas. Yo trato de hacerle olvidar el destierro, la Capilla Sixtina y el sol de la cúpula de Miguel Ángel, por la cual se paseaba lejos de la tierra.

Mi casa y los diversos edificios de la *Enfermería*, con su capilla y la sacristía gótica, se parecen a una colonia o a una aldea. En los días de ceremonia, la religión oculta en mi casa y la antigua monarquía en mi hospital, se ponen en marcha, y procesiones formadas por todos nuestros enfermos, precedidos por los jóvenes de la vecindad, pasan cantando por debajo de los árboles con el Santo Sacramento, la cruz y la bandera. Mi esposa sigue la procesión con el rosario en la mano, mostrándose orgullosa de su rebaño, objeto de la más tierna solicitud. Los mirlos silban, los pájaros cantan y los ruiseñores compiten en sus gorjeos con los himnos religiosos. Me refiero aquí a las rogativas, cuya pompa campestre he descrito: de la teoría del cristianismo he pasado a la práctica.

Mis habitaciones dan al Occidente, y por la tarde, la cima de los árboles, iluminados por detrás, graba su sombra negra y desigual sobre un horizonte de oro. A esa hora recobro mi juventud, y ella renueva los días pasados que el tiempo redujo a la nada de las sombras. Cuando las constelaciones atraviesan su bóveda azul, me acuerdo del espléndido firmamento que admiraba en las selvas americanas o en el seno del Océano. La noche es más favorable que el día a los recuerdos del viajero; oculta los paisajes que le recordarian los lugares que habita, dejándole ver solamente los astros que tienen un aspecto semejante bajo las diferentes latitudes del mismo hemisferio. Entonces reconoce las estrellas que contemplaba en tal lugar o en tal época; los pensamientos que tuvo; los sentimientos que experimentó en las diversas partes de la tierra, suben al cielo fijándose en el mismo punto de él.

Nosotros no oímos hablar del mundo más que en las dos cuestraciones públicas, y también los domingos, en cuyos días nuestro hospicio se convierte en una especie de parroquia. La hermana superiora pretende que las bellas señoras asistían a la misa con la esperanza de verme, ¡y, economía industrial!, pone a contribución su curiosidad; con la promesa de que me verán, las lleva al laboratorio y, una vez cogidas en el lazo, les cede, de buen o mal grado, por el dinero, algunos dulces. Ella se sirve de mí para la venta del chocolate elaborado en beneficio de sus enfermos, del mismo modo que me asociaba La Martiniere al despacho del agua de grosellas que vendía para el buen éxito de sus amores.

Algunos buenos cuadros de la escuela española e italiana, una virgen de Guerin, y la *Santa Teresa*, última obra maestra del pintor de *Corina*, es todo lo que poseemos de las artes. Por lo que hace a la historia, muy pronto tendremos en el hospicio a la hermana del marqués de Favras y la hija de la señora Roland; la monarquía y la república me encargan de reparar su ingratitud y de alimentar a sus inválidos.

Hay mucho empeño por entrar en *Maria Teresa*. Las pobres mujeres a quienes se obliga a salir cuando recobran la salud, se alojan en las inmediaciones de la *Enfermería*, con la esperanza de volver a caer malas y de entrar en ella nuevamente. Nada se echa de menos en el hospital: la judía, la protestante, la católica, la extranjera y la francesa encuentran allí los cuidados de una delicada caridad, que parece afectuoso parentesco; cada una de las afligidas cree volver a ver a su madre en su asistenta. Vi a una española, bella como *Dorotea*, la *perla de Sevilla*, morir a los diez y seis años enferma del pecho, felicitándose de su dicha en haber encontrado este asilo de consuelo, y mirando risueña con sus grandes ojos negros, medio velados por la muerte, su rostro pálido y flaco a la señora Delfina, que le preguntaba por su salud y le aseguraba que muy pronto estaría curada. Expiró aquella misma tarde, lejos de la mezquita de Córdoba y de las orillas del Guadalquivir, su río natal. «¿De dónde eres?» «Española.» «¿Española y aquí!» (Lope de Vega).

Muchas viudas de caballeros de San Luis son nuestras huéspedes, y llevan consigo lo único que les queda, los retratos de sus maridos con uniforme de ca-

pitán de infantería. Estos retratos y estos uniformes se colocan en el granero. No puedo ver sin reírme su regimiento: si la antigua monarquía subsistiera, yo aumentaría hoy el número de estos retratos, y consolaría en algún corredor solitario a mis sobrinitos. «Es vuestro segundo tío, Francisco, capitán del regimiento de Navarra. Tenía bastante talento. En *El Mercurio* puso el logogrifo que empieza con estas palabras: *Volved a cortar mi cabeza*, y en el *Almanaque de las Musas* la pieza fugitiva *El grito del corazón*.»

Quando me cansan los jardines, me voy a la llanura de Montrouge. He visto cambiar esta llanura; pero, ¿qué no he visto yo cambiar? Hace veinticinco años que al ir a Mereville, al Marais y a la Vallée-aux-Loups, pasaba por la barrera del Maine, y no se distinguían a un lado y otro del camino más que molinos, ruedas de grúas, agujeros de canteras y la era de Cels, el antiguo amigo de Rousseau. Desnoyer construyó después sus salones de cien cubiertos para los soldados de la guardia imperial que venían a trinchar allí entre cada batalla ganada y cada reino abatido. Se levantaron algunas casitas alrededor de los molinos desde la barrera del Maine hasta la del monte Parnaso. Más arriba se hallaba el Molino jansenista, y, por contraste, la casita de Lauzun. Después de edificadas las casitas, se plantaron acacias, sombra de los pobres, como el agua de Seltz es el vino de Champagne de los mendigos. Un teatrillo atrajo a la población nómada de los comediantes y titiriteros, formándose una calle empedrada, con cancioneros y gendarmes. Anfiones y Cécropes de la policía.

Mientras que los vivos se establecían, los muertos reclamaban su lugar. Se construyó, pues, un cementerio, en cuyo recinto se comprendió un molino arruinado, y a él lleva la muerte todos los días el grano que ha recogido.

Con frecuencia recorro este cementerio, menos viejo que yo, en que los gusanos que roen a los muertos no han muerto todavía, y leo los epitafios. ¡Cuántas mujeres de diez y seis a treinta años han sido presa de la tumba! ¡Felices ellas, que no han vivido más que durante su juventud!

En este nuevo destierro tengo ya antiguas amistades; en él reposa el señor de Lemoine, secretario del señor de

Montmorin, que me fué legado por la señora de Beaumont. Cuando yo estaba en París, todas las tardes me hacía gozar con la sencilla conversación que tanto me gusta, si se une a la bondad del corazón y a la firmeza del carácter. Mi espíritu fatigado y enfermo descansa con un espíritu sano y tranquilo. Yo dejé las cenizas de la noble protectora del señor Lemoine a orillas del Tiber.

Los bulevares que rodean la *Enfermería* comparten mis paseos con el cementerio; ya no medito, pues, no teniendo porvenir, no tengo tampoco sueños. Extraño a las nuevas generaciones, yo les parezco una momia desnuda y todo polvo; apenas estoy ahora cubierto de un pedazo de los días pasados que el tiempo roe, como el heraldo de armas cortaba la armadura de un mal caballero. Me agrada estar aislado y habitar a un tiro de fusil de la barrera, a la orilla de una carretera y dispuesto siempre a marchar. Desde el pie de la columna milenaria miro pasar al correo, imagen mía, como de mi vida.

Quando yo estaba en Roma en 1828, formé el propósito de construir en París, al extremo de mi ermita, un invernadero, un museo y una casita de jardinería, todo con las economías de mi embajada y los fragmentos de antigüedades encontrados en mis excavaciones de Torre Vergata. El señor de Palignac subió al ministerio, yo sacrificué a las libertades de mi país una posición que me gustaba, y, vuelto a mi indigencia, vino a tierra mi plan: *Fortuna vitrea est*.

Debo pedir perdón a mis amigos por la amargura de algunos de mis pensamientos. No sé reírme más que con los labios; tengo *spleen*, tristeza física, una verdadera enfermedad: cualquiera que haya leído estas *Memorias* habrá visto cuál ha sido mi suerte. Aun estaba en el seno de mi madre cuando me asaltaron los tormentos. He ido de naufragio en naufragio; siento que pesa una maldición sobre mi vida, y que es un peso demasiado grande para esta casa de cañas. Que las personas que amo no crean que he renegado de ellas; que me excusen y dejen pasar mi fiebre; fuera de sus accesos, mi corazón es todo suyo.

Llegaba a estas páginas descosidas, revueltas sobre mi mesa y arrebatadas por el viento que penetra por las ventanas de mi cuarto abiertas, cuando me entregaron la carta y la nota siguiente de la

señora duquesa de Berry. Vamos: entremos otra vez todavía en la segunda parte de mi doble vida, la parte positiva.

«En la ciudadela de Blaye,
a 7 de mayo de 1833.

»Me ha causado mucho pesar la negativa del gobierno a permitirle venir a mi lado, a pesar de habérselo pedido ya dos veces. De las muchas vejaciones que me ha hecho sufrir, ésta es la más penosa para mí. ¡Tenía tantas cosas que comunicarle! ¡Tantos consejos que reclamar! Pero, ya que debo renunciar a verle, voy a intentar confiarle, por el único medio que me queda, la comisión que quería encargarle y que espero desempeñará, porque cuento absolutamente con su adhesión hacia mí y su afecto a mi hijo. Le ruego, pues, caballero, que tenga la bondad de ir a Praga y decir a mi familia que, si hasta el día 25 de febrero me he negado a declarar mi matrimonio secreto, fué porque pensaba servir así mejor la causa de mi hijo y probar que una madre y una Borbón no temían exponer su vida. No pensaba hacer público mi matrimonio hasta la mayor edad de mi hijo; pero las amenazas del gobierno y los tormentos morales llevados hasta su último extremo, me obligaron a hacer esta declaración. Ignorando la época en que se me restituirá mi libertad, después de tantas esperanzas frustradas, hora es ya de dar a mi familia y a Europa entera una explicación que desvanezca todas las suposiciones injuriosas. Yo hubiera querido poderla dar antes; pero una incomunicación rigurosa y la imposibilidad de entenderme con las personas de fuera, me lo han impedido hasta este momento. Dirá usted, pues, a mi familia que estoy casada en Italia con el conde Héctor Lucchesi Palli, de los príncipes de Campo Franco.

»Le suplico, señor de Chateaubriand, que manifieste a mis queridos hijos toda la ternura que siento hacia ellos. Diga a Enrique que cuento más que nunca con todos sus esfuerzos para hacerse cada día más digno de la admiración y del cariño de los franceses. Diga a Luisa cuán feliz sería en poder abrazarla, y que sus cartas han sido mi único consuelo. Rinda homenaje en mi nombre a los pies del rey, y ofrezca mi tierna amistad a mi hermano y a mi buena hermana. Tenga la bondad de comunicarme, adondequiera que me encuentre, los votos de mis hijos y de mi familia. Encerrada en las

murallas de Blaye, me sirve de mucho consuelo el tener un intérprete como usted, que puede contar siempre con mi afecto.

»MARÍA CAROLINA.

»Nota. Me ha producido gran satisfacción la buena inteligencia que reina entre usted y el marqués de La Tour-Maubourg, considerándola como muy favorable a los intereses de mi hijo.

»Puede comunicar a la señora Delfina esta carta. Asegure a mi hermana que cuando me vea en libertad le enviaré al instante todos los papeles relativos a asuntos políticos. Todo mi deseo sería dirigirme a Praga en cuanto esté libre; pero los sufrimientos de toda clase que he experimentado han quebrantado de tal modo mi salud, que me verá obligada a detenerme algún tiempo en Italia para reponerme un poco y no asustar a mis pobres hijos. Estudie el carácter de Enrique, sus cualidades, sus inclinaciones, y hasta sus defectos, y diga al rey, a la Delfina y a mí lo que hay que corregir, qué cambiar o qué perfeccionar en él, haciendo también conocer a Francia lo que debe esperar de su joven rey.

»Deseando continuar siendo francesa, le pido que obtenga del rey me conserve mi título de princesa y mi nombre. La madre del rey de Cerdeña sigue llamándose *princesa de Carignan*, a pesar de haberse casado con el señor de Montleart, a quien dió el título de príncipe. María Luisa, duquesa de Parma, ha conservado su título de emperatriz, no obstante haberse casado con el conde de Neipperg, y sigue siendo tutora de su hijo; sus demás hijos llevan el apellido de Neipperg.

»Le ruego salga lo más pronto posible para Praga, pues deseo vivamente que mi familia sepa todos estos detalles por usted.

»También deseo que se ignore su viaje, o, al menos, que no se sepa que lleva una carta mía, a fin de que no se descubra mi único medio de correspondencia, que es tan precioso, aunque muy raro. El conde Lucchesi, mi esposo, es descendiente de una de las cuatro familias más antiguas de Sicilia, las únicas que quedan de los doce compañeros de Tancredo. Esta familia se distinguió siempre por su noble adhesión a la causa de sus reyes. El príncipe de Campo Franco, padre de Lucchesi, era primer gentilhomme de cámara de mi padre.

El rey de Nápoles actual, que tenía gran confianza en él, lo colocó cerca de su joven hermano el virrey de Sicilia. No le hablo de sus sentimientos, puesto que son enteramente conformes a los nuestros.

»Convencida de que el único medio de ser comprendida por los franceses es hablándoles el lenguaje del honor y haciéndoles ambicionar la gloria, tuve el pensamiento de señalar el principio del reinado de mi hijo por la reunión de Bélgica a Francia. El conde de Lucchesi fué encargado por mí de hacer las primeras indicaciones respecto de esto al rey de Holanda, así como el príncipe de Orange, y contribuyó poderosamente a que fueran bien acogidas. No he tenido la suerte de terminar este tratado, objeto de todos mis deseos; pero creo que tiene todavía algunas probabilidades de éxito: antes de dejar la Vendée di al mariscal Bourmont mis poderes para continuar este asunto. Nadie mejor que él puede llevarlo a buen término, porque goza de mucha estimación en Holanda.

»En la incertidumbre de si podré escribir al marqués de Latour-Maubourg, procure verle antes de que usted parta. Puede decirle todo lo que crea conveniente, pero bajo el más absoluto secreto. Arregle con él la dirección que debe darse a los periódicos.

»M. C.»

REFLEXIONES Y RESOLUCIÓN. — SALIDA DE PARÍS. — CARRUAJE DE CAMINO DEL SEÑOR DE TALLEYRAND. — BASILEA. — DIARIO DE PARÍS A PRAGA, DESDE EL 14 AL 24 DE MAYO DE 1833. — RIBERAS DEL RIN. — SALTO DEL RIN. — MOSKIRCH. — TEMPESTAD. — EL DANUBIO. — ULM.

La lectura de estos documentos me conmovió bastante. La hija de tantos reyes, la mujer que había descendido de tanta altura, después de haber cerrado los oídos a mis consejos, tenía el noble valor de dirigirse a mí y de perdonarme que hubiera previsto el mal éxito de su empresa: su confianza, honrándome, me llegaba hasta el corazón. La princesa de Berry me había juzgado bien: la misma naturaleza de aquella empresa, que se lo había hecho perder todo, no me alejaba de ella. Arriesgar el trono, la gloria, el porvenir, un gran destino, no es cosa vulgar: el mundo comprende que una princesa puede ser una madre heroica; huérfano y proscrito.

pero lo que es necesario entregar a la execración pública, de lo que no hay ejemplo en la historia, es el tormento impúdico infligido a una débil mujer, abandonada, privada de recursos, abrumada por todas las fuerzas de un gobierno conjurado contra ella, como si se tratara de vencer a una potencia formidable; es ver a los parientes entregando ellos mismos a su parienta a la risa de los lacayos, sujetándola por los cuatro miembros, a fin de que pariese en público, llamando a las autoridades del distrito, a los carceleros, a los espías, a los transeuntes, para que viesan salir al niño de las entrañas de su prisionera, lo mismo que si se hubiera llamado a Francia a ver nacer a su rey. ¿Y qué madre? La madre del huérfano desterrado, a quien se ha usurpado el trono. ¿Se encontraría en los presidios una familia bastante mal nacida a quien se le ocurriera el pensamiento de deshonorar a uno de sus hijos tan ignominiosamente? ¿No habría sido más noble matar a la duquesa de Berry que hacerla sufrir tan tiránica humillación? Lo que hubo de indulgencia en este infame asunto, pertenece al siglo; lo que ha habido de infamante, al gobierno.

La princesa teme hallarse obligada a detenerse en Italia para reponerse un poco y no asustar con su mudanza a sus pobres hijos. Nada más triste ni más doloroso. Dice, además: *Le suplico, señor de Chateaubriand, que exprese a mis hijos toda mi ternura por ellos, etc., etc.*

Si: iré a desempeñar la última y la más gloriosa de mis embajadas; iré de parte de la prisionera de Blaye al encuentro de la prisionera del Temple; negociaré un nuevo pacto de familia; llevaré los abrazos de una madre cautiva a sus hijos desterrados, presentando las cartas con que el valor y la desgracia me acreditan cerca de la inocencia y de la virtud.

De mis grandezas pasadas conservaba un cupé, con el que brillaba en otro tiempo en la corte de Jorge IV, y un coche de viaje construido al uso del príncipe de Talleyrand. Hice habilitar éste, a fin de que pudiese resistir el viaje, porque su origen y su forma era poco a propósito para correr tras de los monarcas caídos, y a las ocho y media de la noche del 14 de mayo, aniversario del asesinato de Enrique IV, salí de París para ir al encuentro de Enrique V, niño, huérfano y proscrito.